

TEORIA DE LA CULTURA POPULAR

Teorizar es conformar coherentemente un conjunto de conceptos que expliquen de manera clara un fenómeno. Partiendo de las múltiples formas en que el fenómeno se manifiesta en la realidad, es posible elaborar una teoría, es decir un cuerpo de conocimientos que posibilite la comprensión de esos fenómenos y su interrelación. Así han avanzado las ciencias, tanto las de la naturaleza como las sociales. Una teoría no es permanente -y peor aún eterna-. En el ámbito de las ciencias naturales, teorías que se daban por definitivas

han sido superadas por otras debido a que el hombre ha descubierto nuevos fenómenos y tenido acceso a otros conocimientos que antes estaban ocultos.

En lo que se refiere al universo de las ciencias sociales, la situación es mucho más compleja pues, al avance del conocimiento humano hay que añadir la diversidad de criterios que sobre un mismo hecho pueden tener distintas personas, las ideologías distintas que sirven de punto de partida para la investigación y la

teorización, e inclusive factores subjetivos -y a veces emocionales- que inciden en el enfrentamiento del individuo con los hechos.

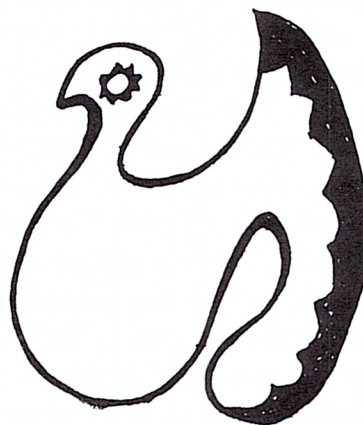
Entre los términos más esquivos y complejos de nuestro idioma, cultura ocupa uno de los primeros sitios. Abarca una amplia gama de realizaciones, formas de comportamiento, proyectos y expectativas del ser humano. No le va a la zaga la palabra popular lo que ha dado lugar a que, en diferentes épocas y lugares hayan sido estos vocablos manipulados y manoseados de la manera más diversa y con diferentes tipos de intenciones.

Por las razones anotadas, hacer una teoría de la cultura popular es tarea cercana a lo imposible. Una teoría requiere de un consenso -si no total, cuando menos razonablemente amplio- acerca del significado de los términos y el significado depende no tan sólo del objeto en sí, sino del tipo e intensidad de la relación que las personas tienen con el objeto. En este trabajo no pretendo estructurar una teoría de la cultura popular, me limitaré simplemente a hacer una serie de reflexiones sobre esta problemática realidad con la esperanza

de que ayuden a esclarecer conceptos, concretar ambigüedades y eliminar equívocos.

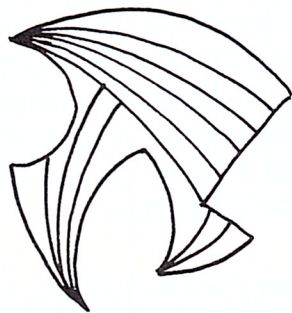
El concepto cultura

Con el desarrollo de la Antropología Cultural que arranca a mediados del siglo XIX, cultura en esta disciplina se la entiende como un tipo de realidad privativa del ser humano e inherente a su forma de vida. Por su naturaleza no puede el hombre vivir y sobrevivir sin cultura. Siendo un ente que vive y desarrolla sus facultades colectivamente, necesita generar un sistema de pautas de conducta que organice sus



relaciones con los demás y sus relaciones con el medio físico en el que vive. En las restantes especies del mundo animal es el instinto el que regula las relaciones mentadas. El animal nace ya “programado” para actuar de tal o cual manera ante las múltiples situaciones que debe enfrentar; en el hombre sus instintos son menos afinados, pero la cultura que él crea y a la que se acopla sustituye con creces a las asombrosas realizaciones del instinto animal.

Lograr consenso en la definición de cultura dentro del contexto antropológico ha sido tarea poco feliz. Entre 1871 -año en el que varias personas consideran que arrancó la



Antropología Cultural con la publicación del libro “Primitive Culture” de Edward Tylor- y 1950, Kroeber y Kluckhohn inventariaron no menos de ciento sesenta definiciones de cultura. En la segunda mitad del siglo XX este número se ha incrementado sustancialmente. Si se intentara consenso en el término cultura popular, el problema de diferencias y divergencias de criterios se tornaría mucho más complicado.

Hablamos de un tiempo a esta parte de cultura popular debido a que, antes de que se expandiera el concepto antropológico de cultura, era este término utilizado para hacer referencia a contenidos accesibles y manejables por una minoría de personas en un pueblo, privilegio que no llegaba a las grandes mayorías que recibían por esta razón el calificativo de incultas. Carmel Camilleri en su obra Antropología Cultural y Educación, editada por la UNESCO escribe al respecto:

“Hay un significado mucho más antiguo y común en el cual piensan la mayoría de las personas cuando se pronuncia esta palabra: la cultura como atributo del hombre ‘cultivado’. Este es reputado

por dominar los saberes que le permiten ir más lejos en el conocimiento de todos los aspectos de lo real, así como los métodos y equipamientos mentales que le permiten multiplicar y profundizar esta ciencia. Por otra parte, se le atribuyen posibilidades del mismo orden en el campo de lo imaginario, donde llega a ser capaz, por ejemplo de comprender y gustar formas de arte inaccesibles a los otros, así como de crear él mismo otras nuevas. Resumiendo este tipo de cultura abarca un cuerpo de informaciones y de valores privilegiados por el grupo a los cuales el individuo accede gracias a un sistema de aprendizaje particular que le da además el poder de enriquecerlos a su vez.”

Frente a este concepto excluyente y privilegiante, el mismo autor propone una definición antropológica, y por lo tanto totalizante, de cultura:

“La cultura es el conjunto más o menos ligado de significaciones adquiridas, las más persistentes o las más compartidas, que los miembros de un grupo, por su afiliación a este grupo, deben propagar de manera prevalente sobre los

estímulos provenientes de su medio ambiente y de ellos mismos, induciendo con respecto a estos estímulos actitudes, representaciones y comportamientos comunes valorizados, para poder asegurar su reproducción por medios no genéticos.”

Esencial al hombre es su capacidad de simbolizar y conceptualizar. Para organizar su conducta individual y colectiva conforma a lo largo del tiempo un sistema de conceptos y símbolos que parten de la realidad y que sirven como intermediarios en sus relaciones con el ambiente físico, las otras personas y lo extranatural. Este cuerpo de conceptos y símbolos portadores de significados, pueden dentro de una misma colectividad provenir de una sola persona o de varias, pero se transforman en parte de una cultura si es que son aceptados y compartidos mayoritariamente y si persisten a lo largo del tiempo por un período razonablemente largo.

Ideas y cosmovisiones, actitudes y creencias, sistemas de valores y jerarquización de los mismos, formas de comportamiento y modelos de expresión y contemplación estéticos,

tecnologías y el uso que de ellas se haga junto con otros contenidos gestan, desarrollan y mantienen la cultura a la que los integrantes ajustan su conducta. Las culturas no son generacionales, perduran por muchas generaciones modificándose de acuerdo con muchos factores, pero manteniendo sus rasgos esenciales y definidores. Para esta duración que sobrepasa las vidas humanas, se recurre a muchos mecanismos y sistemas, entre ellos la educación, lo que permite la reproducción cultural por medios no genéticos.

Lo elitista y lo popular

En un conglomerado humano unificado por lo que denominamos cultura, difícilmente encontramos total homogeneidad. Lo normal es que se den grupos y subgrupos con elementos diferenciadores, prevaleciendo aquellos que a todos son comunes. La edad y el sexo, la cantidad y el tipo de poder, las actitudes que se deben desempeñar, conforman estos grupos y subgrupos. Cuando las diferencias entre ellos son sustancialmente importantes, podemos hablar de subculturas. Ello se da con más frecuencia cuando

ocurren encuentros, enfrentamientos o sometimientos de culturas distintas que por coexistir en una misma área geográfica, dan lugar a procesos de aculturación intensivos. Con el decurrir del tiempo las diversidades culturales tienden a conformar una nueva cultura con elementos de las que inicialmente fueron completamente diferentes, dependiendo el predominio de rasgos en buena medida del grado de desarrollo tecnológico de las iniciales.

Aunque no se haya dado en forma intensa el fenómeno de aculturación, suele darse en las colectividades una división en función del acceso y la posesión de lo que, en el concepto tradicional, se entendía por cultura como “cultivo”. En el pasado, y dentro de este contexto, se podía hablar de personas y grupos cultos, contrapuestos a personas y grupos incultos.

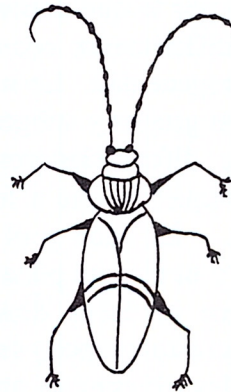
Esta división dio lugar a que se difundan los términos elitista y popular para designar a los sectores de una sociedad poseedores y carentes de cultura en el sentido pre-anropológico del término. Esta división conlleva una jerarquización en la medida en que las élites culturales

son consideradas como superiores a las mayorías populares de acuerdo con el grado de dominio de esos contenidos. Casi siempre la élite es la que controla los poderes económico, político, tecnológico y religioso y la que define qué es lo que se considera como culto y lo que es inculto.

A lo largo de la historia, cuando se han dado este tipo de enfrentamientos, las reglas del juego las pone el grupo dominante, el que debido a que maneja tecnologías más avanzadas somete a los que en este aspecto se encuentran en condiciones de inferioridad. El caso de nuestros países es claramente ilustrador. La ventaja tecnológica de los españoles sometió a los grupos indígenas y en la nueva cultura que nació en este enfrentamiento hay un alto predominio de contenidos hispanos. Se han dado también en la historia situaciones diferentes en las que los vencedores en los campos de batalla fueron luego sometidos culturalmente a los vencidos. El caso de los mongoles que bélicamente triunfaron sobre los chinos es un ejemplo de lo afirmado.

Hay quienes creen que existen

argumentos suficientes para hablar - sobre todo en países como los nuestros- de dos subculturas: la popular y la elitista. No es esta la ocasión para discutir este planteamiento ni tomar bandera por una de las dos posiciones. De unas décadas a esta parte, el término cultura popular ha logrado creciente aceptación. Se ha superado la idea de que los sectores populares se definían por carecer de cultura. La existencia de una cultura popular hay que entenderla como diferente a la elitista en sus contenidos, expresiones y sistemas de valores y formas de organización.



A causa del lastre que ideas del pasado ya superadas dejan y a los más o menos largos procesos de transición que implican los cambios, es inevitable analizar para su mejor comprensión el concepto cultura popular con referencia al de elitista. En su libro “Sociedad Campesina y Cultura”, Robert Redfield escribió:

“En una civilización existe una gran tradición de una minoría que reflexiona, y una pequeña tradición de la gran mayoría irreflexiva. La gran tradición se cultiva en escuelas y templos; la pequeña tradición se realiza y se mantiene en marcha por



sí misma en las vidas de los analfabetos en sus comunidades aldeanas. La tradición del filósofo, el teólogo y el hombre de letras es una tradición que se transmite y se cultiva conscientemente; la del pueblo es una tradición que en su mayoría se da por sentada y no se expone a mayores escrutinios ni se la considera un refinamiento o un avance...

... Han surgido grandes épicas en los elementos de los cuentos tradicionales de muchos pueblos, y las épicas han regresado al pueblo para ser modificadas o incorporadas a las culturas locales. La épica del Antiguo Testamento surgió de pueblos tribales, y regresó a las comunidades campesinas después de que filósofos y teólogos reflexionaron sobre ella... Es posible considerar que la gran y pequeña tradición son dos corrientes de pensamiento y de acción, que es posible distinguir pero que, no obstante, siempre están fluyendo una en otra.”

Es perfectamente legítimo equiparar, en la cita de Redfield, la gran tradición de la minoría como cultura elitista y la pequeña tradición de la gran mayoría como cultura

popular, lo que nos lleva a reflexionar sobre otro par de conceptos.

Cultura oficial y cultura popular

La minoría que es portadora de la gran tradición se encuentra identificada con el poder político, económico y religioso. Al identificarse con estos poderes tiene a su disposición todo el aparato que le permite organizar la sociedad de acuerdo con sus ideas y principios y definir en función de estado lo que es correcto e incorrecto, bello y feo, fino y grosero bueno y malo. Desde la aparición de la escritura que facilita notablemente la perpetuación de ideas e información a través de las generaciones, la gran tradición de la minoría, es decir la cultura oficial, refuerza su continuidad en el tiempo y el control del poder. La educación formal impartida a través de escuelas, colegios y universidades se identifica totalmente con los cánones e ideas de las élites convirtiéndose en un mecanismo reproductor de los mismos.

La cultura popular en cambio opera y se desarrolla al margen del poder político, económico y religioso y no son raros los casos en los que su

subsistencia se da haciendo frente a la hostilidad y agresividad de los sectores oficiales. En el mejor de los casos, la cultura popular no cuenta con el apoyo del aparato oficial proviniendo los recursos necesarios para su conservación y reproducción de las propias comunidades.

Un ilustrador ejemplo de esta afirmación lo encontramos en los sistemas educativos formales. De varias décadas a esta parte los estados decidieron que la educación escolar, partiendo del alfabeto, era un bien cultural al que debían acceder todos los ciudadanos. Que entre los ineludibles servicios que debía prestar el estado a la colectividad, el de educar era fundamental. Pero la educación la entendía el aparato estatal como “civilizar” a los ignorantes e incultos incorporándoles a través de la difusión de conocimientos elitistas a la cultura. En este sentido la educación formal primaria obligatoria -por lo menos en declaración constitucional para todos- operó como un mecanismo de desculturización popular. Los maestros, entrenados en los normales urbanos, entendieron su “sagrada” misión de enseñar al ignorante como extirpar una serie de elementos de la cultura popular

conservados por las comunidades y como transformar a estas personas en integrantes de segunda clase de la cultura elitista-oficial.

Algo similar ocurría -y en gran medida ocurre- con los medios de comunicación colectiva y con las publicaciones que abordan y promueven contenidos totales o preponderantes de la cultura elitista-oficial. Periódicos, revistas, libros, radiodifusoras y canales de televisión llegan al gran público con rasgos y mensajes eminentemente elitistas. Los contenidos propios de la cultura popular o no se toman en cuenta o se los trata en proporciones mínimas. No son raros -y en el pasado ocurría con gran frecuencia- los casos en los que la referencia a lo popular está acompañada de desaprobación manifestada en desprecio y mofa, lo que contribuye a mantener la jerarquía que considera lo elitista como superior a lo popular.

Desde hace algunos años se habla ya de educación bilingüe-bicultural y los medios de comunicación colectiva así como las publicaciones toman en cuenta con más frecuencia y seriedad elementos de la cultura popular, pero es

indiscutible que las políticas del estado, en lo que a cultura se refiere, siguen siendo privilegiantes para lo elitista. Aunque haya declaraciones positivas y laudatorias para lo popular, los porcentajes de recursos financieros que se dedican a las áreas culturales elitistas, superan en proporción de veinte a uno, si es que no más, a los que se canalizan hacia las manifestaciones de cultura popular.

Lo vernacular y lo popular

En países como el nuestro, un importante sector de la población tiende a confundir cultura popular con rasgos y manifestaciones de cultura indígena que han prevalecido a lo largo de quinientos años. Esta identificación no es acertada. Nadie puede negar que los grupos indoafricanos gestaron y desarrollaron culturas que en algunos casos lograron muy elevados niveles en diferentes esferas. Es también evidente que, pese a coexistir en condiciones de desventaja con la cultura dominante europea-española, han sobrevivido importantes conjuntos de rasgos precolombinos. Cuando - en este año- se habla de quinientos

años de resistencia, hay que entender esta frase como preservación de rasgos definidores de la cultura amerindia en condiciones adversas frente al aparato de poder de la cultura dominante.

Pero los elementos de estas culturas no necesariamente deben identificarse con cultura popular, pues ella se ha conformado a lo largo del tiempo en virtud de un proceso de mestizaje cultural. El caso del fenómeno religioso en los grupos indígenas, especialmente de la sierra, es un claro indicador de este fenómeno. En un porcentaje que supera el noventa por ciento los grupos indígenas del Ecuador adoptaron la religión cristiana. En la mayor parte del tiempo la católica y, en las últimas décadas en proporciones significativas, las evangélicas. El ritual, el ceremonial y las creencias religiosas indígenas serranas evidencian un sincretismo indioamericano-europeo surgido de un multicentenario proceso de mestizaje. En las culturas indígenas de la Amazonía, este mestizaje ha sido menos intenso ya que la relación permanente con los grupos blanco-mestizos ha sido tardía.

Cierto es que la cultura popular cuenta con numerosos rasgos indoamericanos, pero mal puede limitarse esta cultura a esos rasgos. Si hablamos de culturas indígenas que han subsistido con un razonable grado de pureza hasta nuestros días, más acertado sería calificarlas como vernaculares pues lo popular contiene numerosos elementos hispanos de los que no es posible prescindir. Si abordamos la cultura montubia en toda su complejidad y riqueza, encontraremos que la presencia y peso de rasgos indoamericanos es bastante menor que en la cultura popular de la sierra. Si tomamos en consideración los contenidos africanos, la situación es similar. Rasgos como las coronas de plumas, la chicha mascada de yuca o los tatuajes de agrupaciones indígenas de la Amazonía, sería forzado que se los considere como elementos de la cultura popular, más apropiado será verlos como expresiones vernaculares.

Cultura popular y culturas populares

Por contar con un aparato técnico-jurídico y administrativo

poderoso la cultura oficial-elitista tiende a ser homogenizante, es decir a difundir con pretensiones universales sus rasgos y sus pautas. La propiedad en el uso del lenguaje depende de reglas sancionadas por organismos que se supone dominan este código de símbolos, y tanto la organización educativa como los medios de comunicación y difusión culturales pretenden universalizar esas reglas. Algo similar ocurre con otras áreas del quehacer humano como el arte, la religión, la moral, el vestuario, la dieta alimenticia, entre otras.

Los criterios para juzgar los méritos o deméritos de una obra de arte nacen de academias que, pese a diversidad de puntos de vista, parten de normas básicas para establecer juicios de valor, normas que ni siquiera toman en cuenta los procesos de expresión y contemplación estéticos populares. Si es que un evento importante como una Bienal de Pintura tiene una etapa de admisión, quienes integran el jurado correspondiente podrán tener desacuerdos en su veredicto porque los cánones estéticos elitistas no son uniformes, pero lo más probable es que habría unanimidad indiscutible de criterios

para rechazar pinturas populares si es que se presentasen. En lo religioso y lo moral ocurre algo similar. En lo tocante a otras áreas como la alimenticia -restringiéndonos al factor dietético-, los patrones pretenden ser universales o internacionales para decidir cuál debe ser la alimentación que equilibradamente cumpla con su función nutriente. Por lo menos teóricamente se pretende que la carne, la leche y los huevos juegan un papel fundamental en este campo, sin darse el trabajo de tomar en cuenta que las culturas amerindias precolombinas subsistieron y se desarrollaron con enorme fuerza y energía contando en su medio con muy reducidas fuentes de cárnicos y lácticos. Si analizamos el ámbito de la medicina, el panorama es similar.

La cultura popular en cambio, no pretende ser homogeneizante ni universalizadora, su universo es el de la colectividad en la que se da y no aspira a que sus rasgos sean aceptados íntegramente por todo el estado o el mundo. Al contrario, podríamos más bien hablar de un cierto sentido de exclusividad y de poco o ningún empeño para que sus contenidos sean adoptados por otros grupos. Si es

que se pretendiera sistematizar el estudio de los elementos integrantes de la cultura popular, quizás el primer factor que saltaría a la vista es el de su diversidad. Su riqueza no radicaría en la creciente cantidad de seres humanos que optan por sus elementos conformadores como es el caso de la cultura elitista, sino más bien por la diversidad de los mismos, o por su sentido íntimo y definitorio de pertenencia a un grupo. Si se intenta generalizaciones, éstas deberían más bien tomar en consideración actitudes similares, sistemas de relación entre los integrantes, formas de reproducción no genéticas, grado de adhesión, gratificación psicológica por la pertenencia y práctica entre otras.

Sabiduría popular

Desde hace varios siglos se utiliza este término con respetabilidad como contrapuesto a los principios de los tratados, academias y centros de estudio e investigación elitistas. Se alude con él a sentencias sintetizadas en refranes y modos de actuar o consejos sancionados por la experiencia. Sabiduría popular podríamos entenderla como un viejo

antecedente de lo que hoy denominamos cultura popular.

Dos rasgos son propios de este tipo de sabiduría: el anonimato y la tradición. Muy raro es el caso en el que se haga referencia a personas concretas que en el pasado fueran autores de refranes (filosofía sintetizada en frases cortas) formas de resolver problemas, iniciación de un tipo de vestuario o adorno para la vida cotidiana o para alguna ceremonia.

Cuando un investigador interroga a una persona por qué hace las cosas de tal o cual manera en el ámbito de la cultura popular, la respuesta suele ser “porque así me enseñaron mis antepasados”, y cuando la pregunta se temporaliza averiguando desde cuándo algo se da de esa manera, salvo muy pocas excepciones, no se logran respuestas concretas. Mientras en el universo elitista la autoría y el origen de algo son elementos celosamente resguardados, en el popular carecen de importancia. No cuentan las personas sino la comunidad como gestora y robustecedora de los conocimientos y prácticas. La validez y las razones del apego dependen de su

perseverancia en el tiempo. No es correcto afirmar que la cultura popular es estática, pero es claro que es más recelosa de las innovaciones y respetuosa de la tradición.

El mecanismo de reproducción se fundamenta en la transmisión oral y en el aprendizaje directo y práctico de quehaceres, formas de comportamiento, ideas y creencias y elaboración de objetos. No podemos hablar de bibliotecas y centros de enseñanza o capacitación como en el área elitista. Hay personas que en sus respectivos campos han aprendido cómo hacer algo o resolver un problema. En Colombia para



designar a ellas se usa una palabra muy expresiva: “el sabedor”. Si nos circunscribimos a las artesanías, en la infancia y juventud aprenden los hijos directamente de sus padres el oficio, pudiendo también hacerlo en el taller del maestro en calidad de aprendiz u oficial. En el ámbito de la medicina y de la magia, el novicio desde joven accede a los secretos en virtud de una relación directa con el que en la comunidad ha logrado rango y prestigio.

La solidaridad y el compartimiento de experiencias y saberes es en la cultura popular más fuerte que en la elitista lo que se manifiesta con claridad en la solidez de la familia nuclear y la familia extendida. El anciano es más respetado porque, habiendo vivido más tiempo, ha acumulado más experiencias y sabe más. La universidad de la vida - mientras más larga mejor- suele ser la mejor cantera de aprendizaje y sabiduría.

Cultura popular y modernización

Siempre la cultura popular ha coexistido con la oficial-elitista y ha estado expuesta a su desprecio,

influencia o presiones aculturizantes que en los últimos años han recibido el calificativo de modernización. Este tipo de relación se ha incrementado en los últimos años con el acelerado proceso de urbanización y la difusión de los medios de comunicación colectiva, especialmente la radiodifusión que supera las barreras del alfabeto, el espacio e inclusive de los costos. Hay quienes ven en este fenómeno la aceleración de un proceso que acabará a corto plazo con la ignorancia y la incivilización. Otros en cambio lo interpretan como una despiadada agresión a las culturas populares-tradicionales y a la identidad de los pueblos.

Si partimos de un hecho fundamental: que las culturas no son estáticas y que cambian con el tiempo y que, si es que dos o más culturas se encuentran en contacto se da un intercambio de rasgos, la coexistencia popular-elitista-oficial puede interpretarse de otra manera. Desde que el hombre hace presencia en la tierra, importante parte de su peculiaridad cultural se ha proyectado hacia la tecnología que ha cambiado, mejorando en eficacia, a lo largo de los años y que se ha manifestado de muy diversas maneras en distintos lugares

de la tierra y variados entornos ecológicos.

Hay elementos provenientes de la cultura elitista que Enrique Dussel los denomina “útiles de la civilización” los mismos que deben ser incorporados por cualquier cultura en la medida que aceleran los procedimientos, ahorran energía y mejoran la solución de múltiples problemas. Puesto que la utilización a través de muchos objetos de la energía eléctrica proviene de la cultura elitista, no tendría sentido que los sectores populares no incorporen los útiles generados por esta fuente de energía cuyos beneficios son indiscutibles. Igual podemos decir de cierto tipo de medicinas y de transportes. Lo importante es que su introducción no implique el despojamiento o renuncia de otros valores y tipos de expresión que constituyen la espina dorsal de las colectividades.

En mis clases de Antropología Cultural suelo comparar los útiles de la civilización con un bisturí: en manos de un cirujano puede salvar una vida, en manos de un delincuente puede acabar con una vida. Un ejemplo de esto, que lo he repetido en

varias ocasiones, es el de Radio Federación de la Federación de Centros Shuar. Inventada por la cultura elitista y extranjera, la radio-difusión ha sido en este caso utilizada para reforzar la identidad cultural Shuar comenzando por el idioma. Radio Federación alfabetiza y enseña a los Shuar dispersos en la selva en su propio idioma y partiendo de sus propios valores, cosmovisión y creencias.

Cultura popular e identidad

En fogosos discursos de barricada, en demagógicas y endeble declaraciones, en sólidas y bien estructuradas conferencias, se habla día a día de la identidad nacional, de la necesidad de preservarla y protegerla y de los efectos destructivos del “Imperialismo Cultural”. Estas actitudes y planteamientos demuestran que hay un creciente proceso de toma de conciencia de la necesidad que tienen los hombres y las colectividades de sentirse identificados con un entorno humano diferente y peculiarizante.

Como ocurre y ha ocurrido en muchos casos, se recurre a los

términos sin tener una clara idea de su significado y de sus alcances o se hacen declaraciones y denuncias sin señalar las soluciones o los caminos que deben seguirse para alcanzar los objetivos pertinentes. Es necesario en consecuencia responder con seriedad y coherencia a la pregunta ¿Qué es la identidad cultural? y luego de contar con un concepto claro, establecer cuáles son los contenidos que conforman, en los medios concretos, esa identidad. Responder a estas preguntas podría ser objeto de todo un curso o de un largo seminario, pero me permito hacer unas pocas reflexiones sobre estos planteamientos.

Por su condición de dependiente, por lo menos a partir de la conquista española, la cultura elitista se ha limitado a trasladar sin beneficio de inventario y muy poco sentido crítico los componentes culturales, la política global -y por ende cultural- de España a América. Esta situación durante la colonia la sintetiza el gran pensador español Miguel de Unamuno en la siguiente frase: “España conquistó América a cristazos”. La independencia política en manera alguna cambió esta relación, los grupos elitistas continuaron el

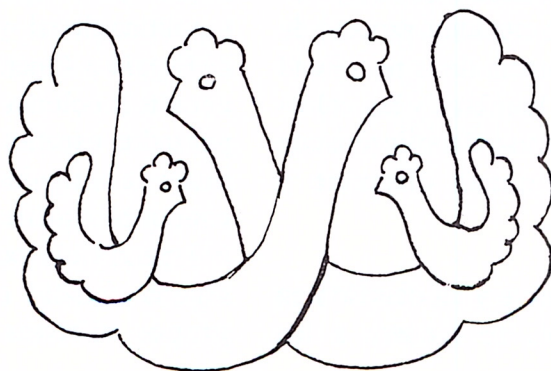
traslado de elementos extranjeros con acrecentados bríos. No exageramos si decimos que la independencia política reforzó la dependencia cultural-elitista habiéndose trasladado la fuente proveedora de rasgos de España a Francia e Inglaterra. El afrancesamiento fue la moda más sofisticada en las clases altas de la sociedad.

En los tiempos en que vivimos no ha desaparecido la dependencia, no son pocos los cholo-boys que vistiendo blue-jeans llegan a milímetros del éxtasis cuando escuchan a Madona o Heavy Metal. Pero sí podemos hablar de alternativas culturales inclusive en los sectores elitistas oficiales que valoran nuestros contenidos y aportes.

Los componentes de nuestra identidad cultural se encuentran en la

cultura popular. Su persistencia en condiciones de inferioridad, desprecio y discrimen demuestra cuán profundamente caló en el alma de nuestro pueblo. Frente a la tendencia homogenizadora dependientista, el contrapeso se encuentra en la tendencia identificante-popular razón por la cual, las políticas culturales que aspiran a reforzar la identidad deben tomar en cuenta, y muy seriamente, a nuestra cultura popular no sólo con líricas declaraciones sino con acciones concretas y canalización de recursos.

Evidentemente hay, de unas décadas a esta parte, un cambio de mentalidad. Reuniones como ésta habrían sido imposibles de imaginar siquiera hace unos sesenta años. Pero creo que aún domina en este ámbito la retórica.



Reflexiones finales

1. Dada la enorme complejidad de los términos cultura, popular y cultura popular, así como de los ámbitos que estos términos abarcan, es tarea extremadamente difícil conformar una teoría de la cultura popular, lo que no quiere decir que se deba desistir del esfuerzo teorizante en este ámbito.
2. Debido a las circunstancias históricas en las que el concepto cultura popular y sus contenidos correspondientes se desarrollaron, es casi imposible abordar la problemática teorizante sin tomar en consideración la existencia y persistencia sustentada en los poderes económico, político y religioso de la cultura elitista entendida como “la gran tradición de la minoría” contrapuesta a la “pequeña tradición de la mayoría”.
3. La cultura elitista se ha identificado en la mayor parte del tiempo con lo que el estado, portador del poder político y económico, ha considerado como cultura pudiéndose hablar de una cultura oficial. Las acciones del estado y sus políticas educativas y culturales han sido completamente elitistas habiendo ocurrido algo parecido con los medios de comunicación colectiva aunque mayoritariamente pertenezcan al sector privado.
4. La cultura popular, en estas condiciones, ha subsistido como “el patito feo” o como la “cenicienta” de la cultura contando con recursos y acciones de las propias comunidades y con la indiferencia -si es que no con el desprecio- del estado y el sector público.
5. Hay una tendencia bastante generalizada a identificar cultura popular con culturas indígenas, tendencia que no la considero correcta. La cultura popular es eminentemente mestiza conformándose con aportes indoamericanos, europeos y africanos. Las culturas indígenas, consideradas como diferentes por la presencia de otros rasgos, deberían denominarse vernaculares.

6. Si hablamos de cultura popular, una de sus características que más se destaca es la diversidad, razón por la cual algunos creen que deberíamos hablar de “culturas populares”. Mas, pese a esa enriquecedora diversidad, la existencia de rasgos comunes como el tipo de reproducción informal, el predominio de lo comunitario sobre lo individual, la gran presencia de la tradición oral, la fuerza de la tradición y lo tradicional, el anonimato de sus realizaciones, legitima hablar de una cultura popular.
7. La cultura popular coexiste con la elitista; y mientras la segunda se caracteriza por una tendencia homogenizadora que pretende acabar con las diferencias, la primera, la popular, se distingue por su contenido identificador de la colectividad y su afán por distinguirse de otras. Desde este punto de vista creo que la identidad cultural se encuentra fundamentalmente en la cultura popular ya que la elitista se ha caracterizado por su muy alto grado de dependencia. ■

